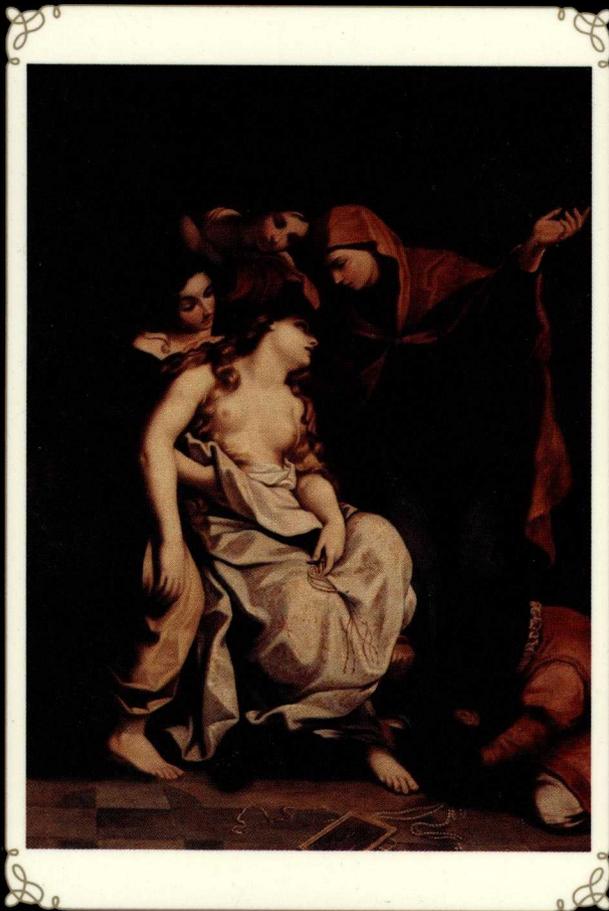


MI SECRETO

SECRETUM MEUM
(1342)

FRANCESCO PETRARCA

Prólogo de
Fredo Arias de la Canal



FRENTE DE AFIRMACIÓN HISPANISTA, A.C.
México, 1998

MI SECRETO

SECRETUM MEUM (1342)

Francesco Petrarca

FRANCIS DE ALBANYA IN SPANIA A. C.
Francis de Albany A. C.
Col. Francis de Albany
1170 Albany, N. Y.
Tel. 518-252-1234
MR. J. C. DE ALBANY
1170 Albany, N. Y.

© FRENTE DE AFIRMACIÓN HISPANISTA, A. C.

Castillo del Morro # 114

Col. Lomas Reforma

11930 México, D. F.

Tel. 596-24-26

MÉXICO

Portada: óleo anónimo (1 x 1.30 mts.).

ÍNDICE

Prólogo	
EL MASOQUISMO DE PETRARCA	IX
Fredo Arias de la Canal	
CARTA DE FRANCESCO PETRARCA A GIOVANNI DE INCISA (1346)	1
PREFACIO A LA EDICIÓN DE SIENA DE MI SECRETO (Facsimilar)	
Traducción y notas de José Pascual Guzmán de Alba	7
MI SECRETO	
Francesco Petrarca	
Proemio	21
Primer Diálogo	26
Segundo Diálogo	57
Tercer Diálogo	107
LA MASOQUISTA	177
Fredo Arias de la Canal	
ÍNDICE ONOMÁSTICO	203
BIBLIOTHECALIS	207

Secretum Francisci Petrarce de Florēcia Poete
laureati De Cōtemptu mundi Incipit Fœliciter

TTONITO mihi quidem: Et sœ
pissimæ cogitanti: qualiter in banc
a uitam intrassem: qualiterue forem
egressur⁹. Contigit nup ut nō sicut
egros animos solet somn⁹ opprimē:
Sed anxium atq̃ puigilem: mulier quedam ienar
rabilis etatis & luminis: formaq̃ nō satis ab homi
nibus intellecta: incertū quib⁹ viis adiuisse videreē
Virginem tamen & habitus nunciabat & facies.
Nec igitur me stupentem insuete lucis aspectu &
aduersus radios: quos oculorū suorū sol fundebat
non audentem oculos attollere: Sic alloquit̃. Noli
trepidare: neu te species noua pturbet: errores tu
os miserta de longinquo tempestiuū tibi auxilium
latitura descēdi: satis supq̃ satis haften⁹ terrā cali
ginātib⁹ ocul⁹ aspexisti: Quos si usq̃ adeo mōrlia ista
pmulcent quid futur⁹ speras si eos ad eterna sustu
leris? His ergo auditis: necdum pauore deposito
maroneum illud tremulo uix ore respondi. O quā
te memorē virgo. Namq̃ haud tibi uultus mōrlis
nec vox hominem sonat. Illa ego sum inquit: quam
tu in affrica nostra curiosa q̃dam elegancia descrip
sisti. Cui nō segnius q̃ amphion ille dirceus ī extre
mo qdē occidētis: summoq̃ adlantis vertice habita
cionem clarissimā atq̃ pulcerrimā: mirabili artifi
cio: ac poeticis (ut pprie dicam) maibus erexisti
Age itaq̃: iam secur⁹ ausculta: ne ue illius p̃sentē
faciē phorrescas: quam p̃dem tibi satis familiarit̃
cognitam arguta circumlocucione testatus es. Vix
dum verba finierat: cum mihi cuncta uersanti nihil
aliud occurrebat quam ueritatē ipsam fore que lo

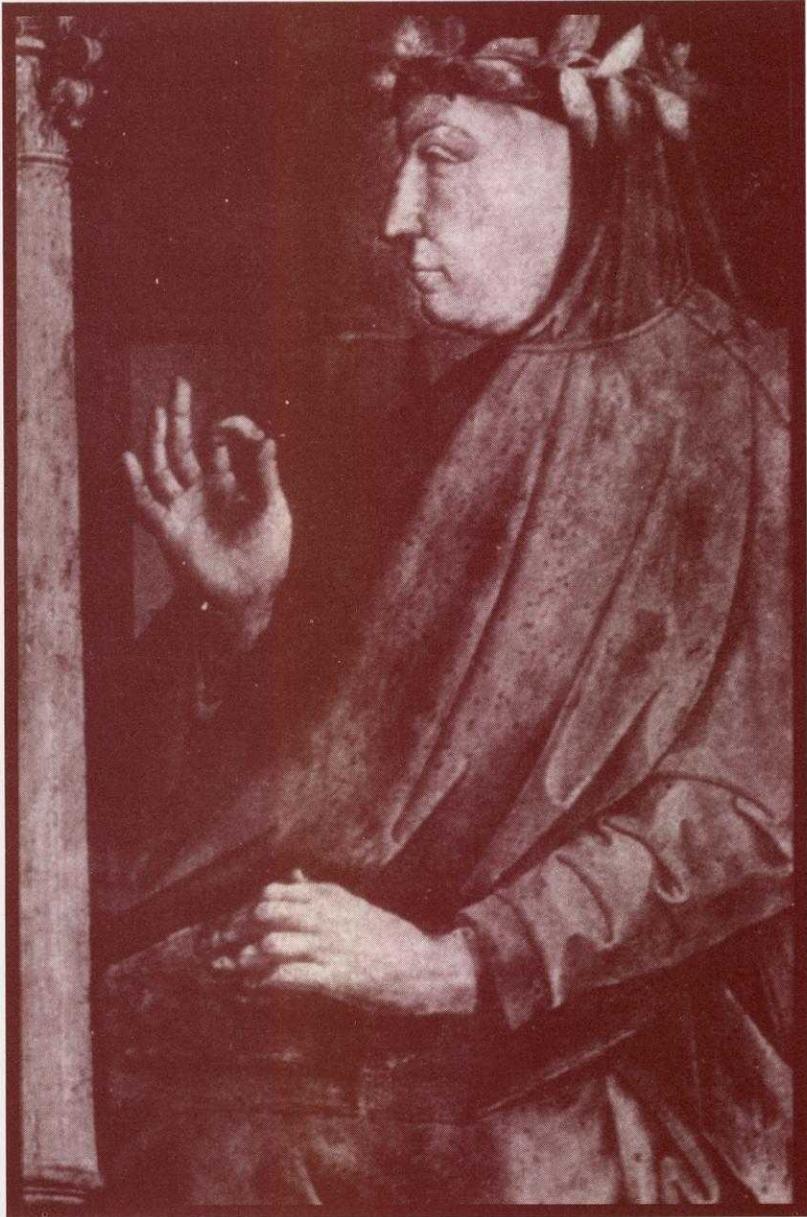
liber f̃m̃ domus sancti
Martini In wesalia

Secretum. Edición de Estrasburgo, 1473.

Publicado con permiso de: Office of Special Collections, New York Public Library.

PRÓLOGO

EL MASOQUISMO
DE
PETRARCA



Francesco Petrarca (1304-74).
Obra de Juan de Gante y Pedro Berruguete.

En una carta de Ernest Jones del 31 de diciembre de 1913, dirigida a su biografiado Sigmund Freud, le preguntó:

En la teoría del masoquismo, hay una parte que todavía no me es clara, que quizás me pueda usted explicar. ¿De dónde provienen las fantasías **algolágnicas** (la excitación sexual al causar o experimentar dolor); de dónde el placer, el deseo que se relaciona con el trauma desagradable: el temor de castración, que asume tantos disfraces?

En carta del 8 de febrero de 1914, Freud le comenta a Jones:

He progresado algo en la cuestión del sadomasoquismo y el complejo de castración que **creo de importancia capital en el mecanismo de las neurosis**. La selección del objeto sexual puede estar influenciada por la oposición al sexo del progenitor que prohíbe, por lo que las inhibiciones sexuales tempranas podrían jugar un papel mayor en la determinación de la homosexualidad. Le ruego que guarde esto para sí y su propio trabajo.

En **Los instintos y sus destinos** (1915) Freud asoció la identificación al fenómeno masoquista:

Una vez que el experimentar dolor ha llegado a ser un fin masoquista, puede surgir también el fin sádico de causar dolor, y de este dolor goza también aquel que lo inflige a otros, identificándose, de un modo masoquista, con el objeto pasivo. Naturalmente, aquello que se goza en ambos casos no es el dolor mismo, sino la excitación sexual concomitante, cosa especialmente cómoda para el sádico. El goce del dolor sería, pues, un fin originariamente masoquista; pero

que sólo, dado un sadismo primitivo, puede convertirse en fin de un instinto.

Freud había ya observado tiempo atrás que la excitación sexual relacionada al placer en el dolor, como se cuestionaba Jones, era un deseo reprimido.

En una carta que le envió a Wilhelm Fliess el 19 de febrero de 1899, ya había mencionado su teoría:

Creo saber ahora cual es la condición determinante que distingue al sueño del síntoma, intruso en la vida vigil. Al sueño le basta con ser la realización del deseo del pensamiento reprimido, pues siempre se mantendrá ajeno a la realidad. **El síntoma, en cambio, situado como está en medio de la vida real, debe ser al mismo tiempo algo más, debe ser también la realización del deseo del pensamiento represor.** El síntoma surge, pues, cuando el pensamiento reprimido y el represor pueden coincidir en una misma realización del deseo. **El síntoma es la realización del deseo del pensamiento represor en tanto que implica, por ejemplo, un castigo, un autocastigo.**

En **Varios tipos de carácter descubiertos en la labor psicoanalítica** (1916), observó Freud el síntoma de culpabilidad que precede a la provocación masoquista, que es una especie de excitación creada ante el reproche inconsciente del **daimonion** de que se goza en la pasividad:

Por muy paradójico que parezca **he de afirmar que el sentimiento de culpabilidad existía antes del delito** y no procedía de él, siendo, por el contrario, el delito el resultante del sentimiento de culpabilidad. **Tales sujetos pueden ser**

**justificadamente designados con el nombre de "delin-
cuentes por sentimientos de culpabilidad"**. La preexisten-
cia del sentimiento de culpabilidad pudo ser demostrada por
toda una serie de otros efectos y manifestaciones.

Ahora bien: el señalamiento de un hecho curioso no es por
sí solo un fin de la investigación científica. Habremos, pues,
de resolver dos cuestiones: **de dónde procede el oscuro
sentimiento de culpabilidad existente antes del hecho** y si
es verosímil que una tal causación entrañe considerable
importancia en los delitos de los hombres. (...)

**En los niños podemos observar directamente que "son
malos" para provocar el castigo, y una vez obtenido éste,
se muestran tranquilos y contentos.**

En **El problema económico del masoquismo** (1924), relaciona
Freud el **superyó** con Dios y con el destino:

Para **provocar el castigo** por esta última representación
parental tiene el [yo masoquista] que obrar inadecuadamente,
laborar contra su propio bien, destruir los horizontes que se
le abren en el mundo real e incluso poner término a su propia
existencia. (...)

El masoquismo moral resulta así un testimonio clásico de
la existencia de la mezcla de los instintos. **Su peligro está en
proceder del instinto de muerte** y corresponder a aquella
parte del mismo que eludió ser proyectada al mundo exterior
en calidad de instinto de destrucción. Pero, como además
integra la significación de un componente erótico, **la
destrucción del individuo por sí propio no puede tener
efecto sin una satisfacción libidinosa.**

En **Nuevas lecciones de introducción al psicoanálisis** (1932), al revisar la relación que existe entre el **yo** y el inconsciente, observó Freud que el paciente no sólo desconoce sus resistencias sino las causas de las mismas:

Fue necesario que estudiáramos estos motivos o este motivo, y encontramos, para nuestra sorpresa, que estribaba en una **poderosa necesidad de castigo**, el que no pudimos dejar de asociar con los deseos masoquistas. El valor práctico de este descubrimiento no es menor que el de su importancia teórica, puesto que **este deseo de castigo es el peor enemigo de nuestro esfuerzo terapéutico**. Se satisface mediante el sufrimiento inherente a la neurosis y, por lo tanto, se aferra a la enfermedad. Tal parece como si este factor, **la necesidad inconsciente de castigo, interpretase un papel en toda enfermedad neurótica** (...) Si sólo las palabras fueran menos incongruentes, nos justificaríamos, con propósitos prácticos, en llamarle un **sentimiento de culpabilidad inconsciente** (...) Los problemas suscitados por este sentimiento de culpabilidad inconsciente y su **relación con la moralidad, educación, criminalidad y delincuencia, es en el momento presente el campo de investigación favorito para el psicoanálisis**.

En los pasajes que acabamos de leer se advierte el grado de profundidad psicológica que alcanzó Sigmund Freud, como también el camino de investigación científica que sugirió seguir a sus colaboradores. La ciencia psicoanalítica sufrió un retraso en su evolución precisamente porque la gran mayoría de los **psicoanalistas** no prosiguieron la labor dinámica y metódica del fundador, al no estudiar el fenómeno del **sentimiento de culpabilidad inconsciente** o sea, el fenómeno de las adaptacio-

nes masoquistas inconscientes. Claro está que ante este desviamiento de la ciencia psicoanalítica debido a las petrificaciones didácticas de carácter edipiano, se alzan los mayúsculos trabajos de algunos discípulos de Freud, siendo los de **Bergler** los que dan cuenta sistemática de todos los fenómenos neuróticos resultantes de las adaptaciones orales masoquistas. Esta magna labor bergleriana quedó impresa en más de 20 libros y 260 artículos científicos sobre la teoría y terapia de la neurosis de base oral; trabajos que son de tal importancia metódica que, a mi ver, son los que culminan la portentosa obra de Freud y le dan un sello científico a todas luces irrefutable. Bergler llegó a la conclusión de que el masoquismo psíquico era el núcleo de la neurosis, con cuyo descubrimiento y comprobación clínica se cierra todo un ciclo de investigación metódica iniciado por Schopenhauer, que permite la sana evolución de **esta ciencia que ha tardado casi un siglo en consolidarse.**

Hemos visto como fue indagando la escuela psicoanalítica de Viena todo lo relativo al fenómeno psíquico del placer en el dolor ya sea en su versión masoquista o sádica. Sus fuentes culturales parecen ser germánicas. Erasmo de Rotterdam (1467-1536) en **Elogio de la locura**, criticó irónicamente el masoquismo:

La religión cristiana parece tener cierta afinidad con la locura y que repugna y repele a la sabiduría. ¿Deseáis pruebas de esto? Reparad en primer término que los niños, los viejos, las mujeres y los tontos aman de una manera particular las ceremonias religiosas y que siempre se hallan cerca de los altares, guiados exclusivamente por el instinto de la naturaleza. Observad en seguida que los fundadores de la religión, haciendo grande caso de la simplicidad, fueron los **adversarios implacables de la ciencia.** En fin, **no hay locos**

que puedan compararse a los que de repente se sienten inflamados por el ardor de la caridad cristiana. Estos distribuyen sus bienes, desprecian las injurias, se dejan engañar sin quejarse, no distinguen entre sus amigos y sus adversarios, aborrecen el placer y se alimentan con ayunos, vigili­as, lágrimas, trabajos y humillaciones. Disgustados de la vida, sólo desean **la muerte**; en una palabra: parece que han perdido completamente el sentido común, como si su alma viviera en cualquier sitio, menos en su cuerpo. **¿No son todos los indicios de la locura?** No hay, pues, que sorprenderse si los apóstoles fueron tomados por personas ebrias y si Pablo ha pasado por loco a los ojos del juez Festus. Ahora que me he cubierto con mi arnés de guerra, deseo ir hasta el fin y probaros que **la felicidad que los cristianos adquieren al precio de tantos sacrificios es una especie de demencia o de locura.**

Arturo Schopenhauer (1788-1860) quien en el cuarto libro: **El mundo como voluntad. Segundo aspecto**, de la I parte de su opus **El mundo como voluntad y representación**, observó la aceptación masoquista del asceta, para neutralizar la voluntad-**daimonion**:

El ascetismo se exhibe aún más en la pobreza voluntaria e intencional, que surge no sólo **per accidens**, puesto que la propiedad se regala para aliviar los sufrimientos de otros, pero que aquí es un fin en sí: que **sirve como una mortificación constante de la voluntad**, para que la satisfacción de deseos, las dulzuras de la vida, no puedan ya motivar a la voluntad, la que ha sido concebida como un horror por el autoconocimiento. Quien haya llegado a este punto todavía siente, como cuerpo viviente, como un fenómeno concreto

de la voluntad, la tendencia natural a cualquier tipo de deseo, mas la reprime deliberadamente, ya que se obliga a sí a evitar todo lo que quisiera hacer, y por otro lado, hacer todo lo que no quisiera hacer, aunque esto no sirviera a otro propósito que el de mortificar a la voluntad. Como él mismo niega el deseo que surge en su propio ser, no puede resistir cuando otra persona hace lo mismo, en otras palabras, cuando lo castiga. Consecuentemente, todo sufrimiento que le llega del exterior fortuitamente o por la maldad de otros es bienvenido. **Toda injuria, ignominia y atropello, los acepta gustosamente** como una oportunidad para asegurarse de que ya no afirma la voluntad, sino que gozosamente está de lado de todo enemigo del fenómeno volitivo que es su propia persona. Por lo tanto, tolera tales ignominia y sufrimiento con paciencia inextinguible y humildad, cambia lo bueno por todo lo malo sin ostentación, y no permite que el fuego de la ira se inflame en su ser como tampoco el fuego de sus deseos. Así como mortifica a la propia voluntad, también lo hace con su percepción, su objetividad y su cuerpo: el que alimenta con parquedad para que sus fuerzas vigorosas y florecientes no puedan de nuevo animar y excitar fuertemente a la voluntad, de la que dicho cuerpo es mera expresión y espejo. De esta manera acude al **ayuno y hasta al autocastigo y la autotortura** con el propósito de que —mediante una privación y sufrimiento constantes— pueda gradualmente reducir y matar la voluntad que reconoce y repudia como la fuente de su propia existencia dolorosa y también la del mundo.

En el cap. XXVIII: **Caracterización de la voluntad de vivir**, de la II parte del libro mencionado reconoció la universalidad del masoquismo psíquico:

De la naturaleza original e ilimitada de la voluntad [super-yó], que ha sido demostrada, es fácil explicar que **el hombre ama por encima de cualquier otra cosa una existencia que esté pletórica de carencias, miseria, apuros, dolor, ansiedad** y luego de nuevo llena de aburrimiento, la que –si fuera reflexionada y considerada pura y objetivamente– aborrecería por necesidad, pero que teme por encima de todo el término de esta existencia, la que es –sin embargo para él– la única cosa segura.

Federico Nietzsche (1844-1900), en el cap. XX, de **Genealogía de la moral** (1877) atribuyó al sentimiento de haber pecado la "mala conciencia" o masoquismo de la humanidad:

Y ahora no nos libramos del aspecto de ese nuevo enfermo, "el pecador", durante algunos milenios –¿nos libramos alguna vez?–, mírese a donde se mire, en todas partes aparece la mirada hipnótica del pecador, que se mueve siempre en una sola dirección (en dirección a la "culpa", **considerada como causalidad única del sufrimiento**); en todas partes, la mala conciencia, esa bestia horrible [grewliche thier], para decirlo con palabras de **Lutero**; en todas partes, el pasado rumiado de nuevo, la acción tergiversada, los "malos ojos" para cualquier obrar; en todas partes, el querer-malentender el **sufrimiento, convertido en contenido de la vida**, el reinterpretar el sufrimiento como sentimientos de culpa, de temor, de castigo; en todas partes, las disciplinas, **el cilicio, el cuerpo dejado morir de hambre**, la contrición; en todas partes el pecador que se impone a sí mismo el suplicio de la rueda, la rueda cruel de una conciencia inquieta, **enfermizamente libidinosa**; en todas partes, el tormento mudo, el temor extremo, la agonía del corazón

martirizado, los espasmos de una **felicidad desconocida**, el grito que pide "redención". De hecho, con este sistema de procedimientos se consiguió superar de raíz la vieja depresión, la vieja pesadez y la vieja fatiga; de nuevo la vida volvió a ser muy interesante: despierta, eternamente despierta, insomne, ardiente, carbonizada, extenuada y, sin embargo, no cansada –así es como se conducía el hombre, "el pecador", iniciado en esos misterios. Ese viejo y gran mago en la lucha contra el desplacer, el sacerdote ascético– evidentemente había triunfado, su reino había llegado: **la gente no se quejaba ya contra el dolor, sino que lo anhelaba: "¡Más dolor! ¡Más dolor!"**.

Cualquiera podría deducir que la filosofía del fenómeno masoquista fue también fundada por los pensadores alemanes, mas existe evidencia que Francesco Petrarca (1304-74) ya había reflexionado sobre dicho fenómeno. En su libro **De contemptu mundi o Secretum** (1342) desarrolla un diálogo imaginario con San Agustín, en donde el Santo hace las veces de superyó, reprochándole sus deseos de gloria literaria y su masoquismo amoroso por la ingrata Laura. Veamos:

San Agustín: ¡Oh raza de hombres mortales! De todas las propensiones que heredáis, ninguna me asombra ni me espanta tanto como **la inclinación a apegarse a vuestras propias desdichas**, pretendiendo que no veis el peligro que os amenaza, y si alguien os obliga a advertirlo, lo expulsáis de vuestra vista y alejáis.

(...)

Mas los insensatos no aprecian este razonamiento y vos, en particular, **sois un verdadero genio labrando vuestra propia destrucción.**

(...)

Seguiré insistiendo en que **nadie llega a la desgracia ni sigue siendo desdichado a menos que quiera**, pero como dije al principio, esto se debe **a que los hombres tienen cierta inclinación perversa y peligrosa a engañarse a sí mismos**, que es lo más mortífero que hay en la vida (...) todo el mundo se estima más de lo que merece y se quiere a sí más de lo que debiera. **¿Acaso el embaucador y el engañado son uno y el mismo?** (...) Bien, **¡vos mismo conocéis y amáis vuestra prisión, miserable que sois! Y en la misma víspera de ser liberado o de salir arrastrado de ella, ahí os encadenáis con mayor firmeza, procurando adornar lo que debierais aborrecer.** (...)

¿Reconocéis pues que mi afirmación es justa y la secuencia de razonamiento válida, cuando decimos que **el conocimiento perfecto de la desgracia propia engendra un deseo perfecto de desecharla**, siempre y cuando la fuerza de voluntad para deshacerse de la desgracia siga al deseo?

Petrarca: Si sólo basta con el reconocimiento, confío en que muy pronto no sólo estaré bien, sino muy bien. Ahora tengo perfectamente claro que **jamás había deseado, con suficiente intensidad, mi libertad y el fin de mi miseria.**

Es pues Petrarca no sólo el iniciador del Humanismo –que al rescatar nuestro pasado greco-romano le da un sentido existencial de dignidad individual, primero a los italianos y luego al resto

de los europeos— sino que además, siguiendo a Plutarco, es el primer psicólogo italiano que observa y critica el cáncer mental de la humanidad: el masoquismo psíquico, concepto que más tarde aplicaría Guicciardini (1483-1540) a sus estudios sociales sobre Italia, que Erasmo satirizaría en **Elogio de la locura** y Cervantes (1547-1616) en el **Quijote**.

En el libro X de **La república** de Platón, habla Sócrates (470-399) del fenómeno de identificación masoquista:

Nada hemos dicho todavía, sin embargo, del **mayor mal que la poesía produce**. ¿No es, en efecto, cosa tristísima ver que es capaz de corromper el espíritu de gentes sensatas, con excepción de un reducido número? Muy triste, sin duda, si produce semejante efecto. Atiende, y podrás juzgar. Bien sabes que todos, hasta los más sensatos, cuando oímos recitar pasajes de Homero o de cualquier otro poeta trágico en que se nos muestra a un héroe sumido en aflicción, deplorando su suerte en un largo discurso, dando gritos y golpeándose el pecho, sabes, digo, que experimentamos entonces un **secreto placer** al que nos dejamos ir insensiblemente, y que a la **compasión hacia el héroe** que nos interesa se une la admiración al talento del poeta que tan bien ha sabido conmovernos.

En **Fedón**, Sócrates aceptó su deseo inconsciente a la idea de morir:

Pienso que el verdadero devoto de la filosofía es víctima de la incomprensión de otros hombres, puesto que estos no perciben que siempre persigue la idea de la muerte y estar muriendo, y si así es, y **ha tenido el deseo de morir toda su**

vida, ¿por qué cuando le llega su hora se queja de aquello que siempre ha perseguido y deseado?

Plutarco (50-125 d. C.) en su ensayo **En la lentitud de Dios en castigar**, nos ofrece un ejemplo de masoquismo social:

Dios ocasionalmente ha impuesto a pueblos que **necesitan sufrir y ser castigados**, el salvajismo despiadado de un tirano y la crueldad opresiva de un gobernante, no liberándolos de las causas del dolor y congoja hasta haber removido y desinfectado la enfermedad. Falaris fue este tipo de medicina para los agrigentinos y lo mismo fue Mario para los romanos.

Y en **Vidas** consigna la reacción de Marco Bruto, cuando Cicerón fue asesinado por el triunvirato de César, Antonio y Lépido:

Pero Bruto se expresa con más vergüenza que tristeza por la muerte de Cicerón, y dice que no puede evitar acusar a sus amigos en Roma de **ser esclavos más por sus propios hechos** que por los de aquellos que ahora eran sus tiranos.

En **Recomendaciones y advertencias relativas a la vida pública y la vida privada**, incluida en **Historia de Florencia**, nos dice Guicciardini:

En nuestros tiempos tenemos un ejemplo asombroso en la obstinación de los florentinos que, **contra todo sano juicio**, decidieron enfrentarse en guerra contra el papa y el emperador [Clemente VII y Carlos V, respectivamente], sin esperanza de recibir ayuda de otros príncipes.

Erasmus en el libro mencionado señaló:

¿La guerra no es el teatro de los hechos más ensalzados y el tiempo cuando crecen los laureles? Y no obstante, **¿hay locura mayor que complicarse en una lucha muchas veces sin saber por qué, aunque sin desconocer que ambos bandos han de perder más de lo que ganen?**

Escuchemos un diálogo cervantino (XV, 1ª):

¿Qué diablos de venganza hemos de tomar –respondió Sancho– si éstos son más de veinte y nosotros no más de dos, ¡y aun quizá no somos ni uno y medio!

¡Yo valgo por ciento! –replicó don Quijote.

Y sin hacer más discursos, echó mano a su espada y arremetió a los yangüeses.

Nietzsche en el cap. XXII del libro antes mencionado exclamó:

¡La tierra ha sido durante mucho tiempo una casa de locos!

Como resultado podemos comprender lo que nos dice Ortega (1883-1955) en **Historia como sistema**:

Se considera como misión de la historia de la filosofía, desarrollar el panorama de la demencia humana.

Descubramos, pues, el secreto de Petrarca.

Fredo Arias de la Canal

Ciudad de México

Primavera de 1998

CARTA DE FRANCESCO PETRARCA A GIOVANNI DE INCISA

(1346)

Comisionándole que busque libros

He aquí, hermano, un tema que no he mencionado hasta hoy, por exceso de pereza o de olvido. Si me permitís jactarme a vuestros oídos, quisiera hacerlo ahora, respecto a un asunto en el que cabría hacerlo con seguridad. La misericordia divina me ha liberado –en gran medida, aun cuando no totalmente– del fuego de casi todos los deseos humanos. Seguramente se trata de algo enviado del cielo, sea que me haya llegado por virtud natural o por el transcurso del tiempo. Las cuantiosas experiencias y la reflexión profunda me han llevado a entender, por fin, el valor verdadero de las pasiones que inflaman a la humanidad.

Mas no penséis que soy inocente de toda falla humana y dejadme añadir que me encuentro entre las garras de un deseo insaciable que, hasta ahora, no he tenido la capacidad de controlar. De hecho, ni siquiera he deseado hacerlo y he preferido exculparme con la idea de que desear objetos meritorios no puede ser demeritante en esencia. Querréis saber qué me aqueja: la respuesta está en los libros y en la imposibilidad de conseguir suficiente cantidad de ellos. Tal vez tenga más de los que necesito, mas con los libros ocurre lo mismo que con todo lo demás: la persona que los llega a encontrar es llevada por la codicia de obtener más. Los libros tienen algo especial; el oro y la plata, las joyas y las vestimentas purpúreas, los salones de mármol y los campos bien labrados, los cuadros y los caballos enjaezados, y las demás cosas de esta suerte, no pueden sino ofrecer un placer pasajero que no dice nada, en tanto que los libros pueden calentar el corazón con palabras amables y consejos, estableciendo con nosotros una relación estrecha, articulada y viva. Es más, ni uno solo de ellos se abre paso al

corazón de sus lectores sin compañía, sino que cada uno da a conocer a sus amigos, de tal manera que uno despierta el deseo por otro.

Por ejemplo, Marcos Varo se convirtió en mi queridísimo amigo gracias a **Academica** de Cicerón; en su **De officiis** oí hablar de Enneo por vez primera y mi amor por Terencio nació cuando leí las **Tusculanae Disputationes**. Supe de los **Origines** de Catón y del **Oeconomicus** de Xenofonte gracias a **De Senectute** de Cicerón, y también en **De Officiis** leí la traducción hecha por Cicerón de éste último. Asimismo, el **Timaeus** de Platón me introdujo a la sabiduría de Solón, en tanto que la muerte de Catón me llevó al **Phaedo** de Platón, y al decreto del rey Ptolomeo que desterró a Hegesias de Cirenea; y me apoyé en Séneca para conocer las cartas de Cicerón, antes de posar mis ojos en ellas. Es más, San Agustín fue quien me indicó que empezara a buscar **Contra Superstitiones**, el libro de Séneca, y Servio fue quien me habló de la **Argonautica** de Apolonio. Lactancio fue el primero de entre los muchos que despertaron mi interés en los libros de la **República**, en tanto que Suetonio y Aulo Gelio hicieron eso mismo en tanto de la **Historia de Roma** de Plinio y de la elocuencia de Favorino; y el famoso epítome de Anneo Floro me inspiró asimismo a buscar los fragmentos sobrevivientes de Livio. Omito las obras más famosas, generalmente conocidas, que no necesitan que nadie hable de ellas –aun cuando, de hecho, dejan una impresión más profunda en nuestra mente cuando las apoya un testigo de calidad– como el conocido tributo a la preeminente elocuencia de Cicerón y la notable eulogía que Séneca hace a su genio en **Controversiae**, así como la descripción de Eusebio sobre el notorio don de la palabra de Virgilio, citado en **Saturnalia**, también el humilde tributo rendido con reverencia a la **Aenid** de Virgilio por el poeta Papiniano Estacio cuando manda su **Thebaid** al mundo con la orden de «seguir desde lejos esos pasos benditos»; igualmente

famoso es el tributo que Horacio –quien, de hecho, habla por todos– rinde a Homero, el príncipe de los poetas.

No es preciso decir más, pues no terminaría si recordara todos los libros cuyos nombres me resultaron nuevos y que anoté de mis lecturas de Prisciano el gramático. Los que hallé después en Plinio, cuando joven, hace muchos años y más recientemente en Nono Marcelo, y contar las veces que han motivado que se me hiciera agua la boca. Ninguno de ellos se asombraría –volviendo al punto donde comenzó mi digresión– siendo que así se encienden nuestras mentes y son aguijonadas a la acción, al ver que cada autor actúa sobre nosotros abiertamente, al tiempo que conserva otras chispas y aguijones ocultos a los que recurre para su ayuda. En consecuencia –aun cuando me sonrojo al admitirlo, pero he de ser franco y permitir que la verdad prevalezca– siempre he pensado que había algo más eximente, por no decir que de razón más noble, en los afanes posesivos del tirano de Atenas y del Rey de Egipto, que en los de nuestro héroe romano, y más magnificencia en los intereses de Pisistrato y **Philadelphus** de Ptolomeo, que en todas las riquezas de Craso, aun cuando Craso haya tenido muchos más seguidores. Mas no consentiría que Roma fuera menospreciada por Alejandría o Atenas, ni que Italia fuera desdeñada por Grecia o Egipto, así que permitidme añadir que nosotros también hemos sido afortunados en cuanto a nuestros doctos príncipes, mismos que han sido tantos que sería difícil reseñarlos, y tan dedicados a perseguir el aprendizaje que, incluso se tiene conocimiento de uno que colocó a la filosofía por arriba del poder; y se entregó, por así decirlo, no tanto a los libros, como a su contenido. Hay algunas personas que acumulan libros, como todo lo demás, sólo por el ansia de poseerlos, sin intención de usarlos, como ornamento para sus habitaciones y no como alimento para la mente.

Por citar un ejemplo: la biblioteca de Roma estaba al cuidado especial de Julio César y César Augusto, gobernantes divinos; y para el importante encargo de bibliotecario, uno de ellos designó

a Marcos Varo, quien –permítaseme decirlo sin ofender a Demetrio de Falera, cuya fama es tanta entre los egipcios– no era inferior a ningún otro, por no decir, de hecho, que superior a todos; en tanto que el otro eligió a Pompeyo Macer, erudito no menos distinguido. El mismo ferviente interés por una biblioteca griega y latina animó al famoso orador Asinio Polio, de quien se dice que fue el primero en Roma en abrir una al público. Hasta entonces las bibliotecas habían sido privadas, y era imposible satisfacer el hambre de Catón por los libros, como rinde testimonio Cicerón, como tampoco lo era la pasión del propio Cicerón por adquirirlos; la prueba está en sus muchas cartas a Atico, en las que le ruega que atienda el asunto, ejerciendo gran presión sobre él, con todas las súplicas de peso, tan intensamente como os lo pido ahora.

Así pues, si resultaba aceptable que ese rico genio mendigara libros para sostenerse, ¿qué decir de mi pobre entendimiento? Me resta citar mi ejemplo supremo, uno que casi no sería creíble si el constante entusiasmo de un estudioso verdaderamente grande y su amistad con su príncipe no le dieran un tinte de verdad: se cuenta que Samónico Sereno tenía una biblioteca de sesenta y dos mil libros y que, a su muerte, pasaron todos a manos de Gordiano el joven, emperador reinante, que era su dedicado pupilo; lo que le mereció un renombre más duradero que su poder imperial.

Tal vez haya dicho todo lo anterior sencillamente para justificar mi falta y para brindarme el consuelo de saber que la comparto con hombres famosos; mas os ruego, si me amáis, buscad personas educadas y confiables y enviadlas a recorrer la Toscana, a vaciar los libreros de los monjes y todos los demás estudiosos, para ver si sale algo a la luz que sirva para saciar –o debería decir aumentar– mi sed. Conocéis bien cuáles son los lagos en los que suelo pescar y los refugios que descubro, mas, no obstante, con esta carta os envío una lista por separado de lo que quiero en particular, de tal manera que no cometáis error

alguno; y para brindaros prueba de vuestro valor, os diré que he dirigido la misma petición a mis demás amigos en Inglaterra, Francia y España. Esforzaos para que no parezca que quedáis a su zaga en diligencia y buena disposición. Con este comentario me despido de vos.

Francesco Petrarca

PREFACIO A LA EDICIÓN DE SIENA DE
MI SECRETO
(Facsimilar)

Traducción y notas de
José Pascual Guzmán de Alba



El Secreto di
Messer Fran-
cesco Petrar-
ca i prosa uul-
gare.



IOANNES BAPTISTA

AVANTORIUS

SODICUS

FRANCISCVS ORLANDINVS SENEN.
Valerio Passerino Cortoneſi. S. P. D.



EFFICIT Tū amicitie noſtrę magnitu-
do humaniſſime Valeri / tū illius que
mihi eſt / eritq; ſemper / cum Reuerendiſ-
ſimi fratris tui Siluii Cardinalis Do-
minatione / ſincere ſeruitutis ratio / ut ſi
quid mihi locū dum chariue fuerit / id omne cōmu-
ne tecū ſquo iure p̄ceſſeam: Igitur cum p̄ſclara Frā-
ciſci Petrarę uolumina p̄ hoſce dies euoluerē / Illud
In primis ſeſe mihi legendū obtulit / quod Secretum
ſuum Inſcribi uoluit: Interlegendū uero tanta ſum
admiratione ſimul ac uoluptate affectus / ut p̄ plures
dies ab huius libri lectione haudquaquā diuelli po-
tuerim: neq; id ualde mirū: talis eſt enim / qui breui-
tatem ſuam uerborum ac ſententiarum grauitate cō-
penſet: cuius Laudes / quādo liber ipſe liquido decla-
rat / pluribus explicare ſuperuacaneū duximus: Cum
autē germanus tuus Reuerendiſſimus / Siluius Paſſe-
rinus (ſic ſuę dominationis exigētib; meritis) ſa-
croſancto Cardinaliū cōeui proximo Calēdis Iulii
aſcriptus fuerit / ſitq; Dominatio ſua Reuerendiſſima
pars magna ſacri ſenatus effecta / nō modo iſtādū no-
bis / tibiq; ac ueſtrę familię felicitàti plurimū gratu-
lādū rati ſumus / uerū et mētis noſtrę letitia; aliquo
munere declarādā eſſe cēſulimus / ut hoc tā ſolidū gau-
diū (q̄tū i nobis erit) nulla tēporis diuturnitas abo-
lere unq; poſſit:

FRANCISCO ORLANDINO DE SIENA
A VALERIO PASSERINO DE CORTONA,
S. P. D. (Sus pies besa)

La grandeza de nuestra amistad, oh humanísimo Valerio, junto con la autoridad de tu reverendísimo hermano el cardenal Silvio, constituyen para mí, sinceramente, hoy y siempre, la razón de un sincero reconocimiento, de modo que si algo hay, agradable y deseado para mí es considerar todo en común contigo con igual derecho.

Así pues, como leyerá yo en estos días los famosos libros de Francesco Petrarca, lo primero que se ofreció a mis ojos para leer fue su **Secreto** que él deseó escribir.

Pero seleccionando (aquí y allá) he experimentado tan grande admiración, aunada con placer, que muchos días después de la lectura de este libro, de ningún modo me podía apartar de él, y no es cosa de admirar, porque es de tal naturaleza que su brevedad de palabras la compensa con la gravedad de sus sentencias, cuyas alabanzas, cuando el mismo libro las declara nítidamente, juzgamos superfluo explicarlas.

Mas como tu hermano el reverendísimo Silvio Passerino (así lo exigen los méritos de su autoridad) habrá de ser incorporado al colegio cardenalicio el próximo primero de julio y así su autoridad reverendísima constituirá una parte significativa del sagrado consejo, no sólo nos adherimos a tu felicidad y a la de tu familia, sino que nos sentimos impulsados a congratularnos sobremanera y consideramos que debemos patentizar con algún regalo la alegría de nuestra alma, para que este gozo tan grande (que lo será para ti y para nosotros) jamás pueda borrarlo el largo decurso del tiempo.

Statim us autem ad te potissimum / utrum
 utique integer sum / ac summa sapientia praeditus / diuina libel-
 li huius precepta ac talubria dogmata perhibere / hetrus-
 sco tamen eloquio per uerbis concinnata / ut secretum quod
 haec tenent fuit / per te iam omnibus innotescat / tuoque nutu complat
 & charitis imprimi & legitimum cordibus inuri: Excipe igitur
 hilari ac serena fronte Valeri lectuissime nostra haec
 gratulacum munuscula / tam mirum nostrae charitatis / quam
 uestrae felicitatis monumentum , Vale.

Achillis Orlandini exasticos
 libellus ad lectorem .

Quid mihi secretum titulus ? num pagina debet
 Nostra tegi / Claris uerba legenda deo ?
 Haec tenens heu nimium / uestraeque inglorius sum
 Tectus eram / nimium delituisse piget .
 Secretum fuero si me penetrata seruent
 Pectoris : & foueas dogmata nostra sinu .

Decidimos, pues, escribir para ti íntegramente y con su insuperable sabiduría los divinos preceptos y las saludables enseñanzas de este librito, dados a conocer a los hombres en lengua toscana (etrusca), para que se dé a saber lo que hasta aquí fue secreto y a tu satisfacción y voluntad se imprima en libros y se grabe con fuego en los corazones de los lectores.

Recibe, pues, con alegre y serena frente, agradabilísimo Valerio, este pequeñísimo presente nuestro, muro tanto de nuestro afecto, como monumento a vuestra felicidad.

Vale. (Que estés bien)

EXARATOS DE AQUILES ORLANDINO LIBELO PARA EL LECTOR

¿Qué secreto tiene para mí el título? ¿Acaso nuestro escrito debe ser ocultado al dios Clario,¹ en la lectura de sus palabras?

Pero, ¡basta, ya fue demasiado! En vuestro tiempo había estado cubierto sin honra. ¡Me duele demasiado haber estado escondido!

¡Secreto sería si me guardaran los pliegues más recónditos de tu corazón y conservarlas en tu pecho nuestras enseñanzas!

¹ CLARIO. Epíteto de Apolo por Claros, ciudad jónica en su honor.

¶ Ioannes Baccatus Lucinaſanēſis ad lectōrē .

¶ Omnis nunc ſophiam cupit / petitq̄ :
Et mundi illecebras premit / fugitq̄ :
Poſtq̄ peritidum decus ſororum .
Vulgarem probat elocutionem :
Quam uel iudice ſed tacente Momo
Non telum poterit : louis nec ira .
Non peſtis fremebunda . Non Charybdis :
Non ignes abolere : nec ruina .
Non ferrum : inuidia : ac edax uetuſtas :
O quanto eſt melius perenniore :
Quam regnis Pelopis : Midque gazzis :
Preſtare ingenio : beate lector .

JUAN BACCATO LUCINIANENSE AL LECTOR

Ahora, todos desean y piden la sabiduría
y rechazan y huyen de los placeres del mundo,
después que el esplendor de las musas² demuestra
la vulgar elocución³ de las pléridas⁴
a la cual (sabiduría) ni el taciturno juez Momo⁵
ni la flecha, ni la ira de Júpiter⁶
ni la peste rabiosa, ni Caribdis⁷
ni las llamas, ni la ruina
ni el fierro, ni la envidia, ni la voraz vejez
podrán abolir.
¡Oh cuánto mejor es que lo más perenne!
¡Que a los reinos de Pélope⁸, que a las riquezas de Midas⁹
aventaja en ingenio, feliz lector!

² LAS NUEVE MUSAS que junto con las parcas, las gracias, las danaidas se conocen como hermanas. Las musas hijas de Júpiter y Mnemosine.

³ ELOCUCIÓN Parte de la retórica. Estilo, expresión, dicción.

⁴ PLÉRIDAS. Las nueve hijas de Pieros. En desafío de canto con las musas fueron por éstas derrotadas, según dictamen de las ninfas y convertidas en picazas.

⁵ MOMO. Dios de la burla y mofa, hijo de la noche y el sueño.

⁶ JÚPITER romano, ZEUS griego. Padre de los dioses.

⁷ CARIBDIS. Abismo del mar siciliano. Fiera insaciable de sangre, hombre cruel.

⁸ PÉLOPE. Hijo de Tántalo, rey de Frigia.

⁹ MIDAS. Todo lo que tocaba lo convertía en oro, era rey de Frigia, hijo de Gordio.

Eursali morant ascolant.

Ardebam auricomū sentire oracula Phœbi

Atq̃ medusæ sumere fontis aquam

Vifere oliuifere & chryſtallina ſcra minervæ

Que Iouis a magno vertice nata dea eſt

Atq̃ nouem ſacras Parnali cernere muſas

Que ſunt indoctis turba relicta uſis

Atq̃ poli cantus ardebam audire canoros

Quæ uox auriculis non capienda meis

A z

DE EURÍALO MORANO ASCULANO

Ansiaba vehementemente entender los oráculos del rubio Febo¹⁰
y tomar el agua de la fuente de Medusa¹¹
visitar la olivífera y cristalina fuente de Minerva¹²
diosa que nació de la gran cabeza de Júpiter
y contemplar a las nueve sagradas musas del Parnaso¹³
que son tropel confuso para los hombres incultos
y ardientemente deseaba yo oír los melodiosos cantos del cielo.
Voz que no es captada por mis oídos deajo.

¹⁰ **FEBO.** Apolo, el sol. El de los rubios cabellos.

¹¹ **MEDUSA GORGONA.** Con la cabeza llena de serpientes.

¹² **MINERVA.** Diosa romana de las artes, de la guerra, etc.

¹³ **PARNASO.** Lugar de los dioses. Montaña de la Fócide consagrada a las musas.

Defino . Petraros conferta uolumine nam sunt
Sortes / unda / sglis / culmina / musa / sonus .

¶ Elegium Nicolai Montani Seneſi .

¶ Ardēa concedant' nostris Gymnasia / noue
Non bene'quid summū Grata Sophia bonum .
Cede uoluptatis / pariter uirtutis / honesti
Regula / tam scētis exagitata tribus .
Scindat Aristoteles / Epicurus / Zeno libellos :
Et pereant factis quos documenta carent .
Discite mortales Secretum queso Petraros :
Quo patet ad speras semitra tūta domos .
Hac petitur eslum : non qua uoluerit Gigantes
Montibus aggestis pellere sede louem .

ΤΕΛΟΣ .

¡Petrarca reúne en un volumen lo que existe:
los hados, la ola, el pino,
las cumbres, la musa, el sonido!

ELEGÍA DE NICOLÁS MONTANO DE SIENA

¡Concedáanos las aulas conocer las letras griegas!
No sólo que es el bien sumo en la griega sabiduría,
sino acerca de la regla del placer,
juntamente a la virtud y a la honestidad
tan cultivada por los tres seguidores.
Dividan sus opiniones Aristóteles, Epicuro y Zenón,
y piérdanse por este hecho las doctrinas que defienden.
¡Aprended, oh mortales, os ruego, el **Secreto** de Petrarca,
en cuanto manifiesta un camino seguro
hacia las mansiones celestiales,
en el que se pide el cielo;
no para que los gigantes vuelvan,
acumulando montes, para destruir el trono de Júpiter!

FIN

C DI MESSER FRANCESCO PETRARCA
 nel dialogo Intitolato el suo secreto tra /
 docto in lingua Toscana :
 PROHEMIO.



ME Antonio & spesso
 uolte considerando per
 qual uia in questa ultra
 tra entrato: & come ne
 habbi a uscir: nuoua /
 mente mi aduenne che
 el sonno opprimedomi
 no come suole li animi
 accidiosi / ma anxio &
 uigilante: una certa
 dona uenerabile di era
 & di lume non molto
 dalli huomini cogno-

sciuta mi apparue / ne poteuo dode a me uenuta ruffe
 discernere: niente di meno lo habito & la faccia queila
 essere uergine mi dimoltraua . Cottei adunq; me stu-
 pefacto per lo aspecto della non solita luce / & non ar-
 dito di alzare lo sguardo uerso li razzi / liquali el sole
 de gliocchi suoi spargieua cosi parlo . No temere &
 questa noua bellezza non ti perturbati io moua a mise /
 ricordia delli tuoi errori son uenuta di lontano per
 darti un tempestiuo aiuto : assai & piu che el debito
 intino a questo di hai rissguardata la terra co li occhi
 obtenebrati / a liquali le qite cose mortali porgono
 tanto dilecto / che spera douere essere le quelli soliteue

△ 3

MI SECRETO

EL SECRETO CONFLICTO DE MIS PENSAMIENTOS FELIZMENTE COMIENZA EL PRIMER DIÁLOGO

PROEMIO

Cómo fue que llegué a esta vida y cómo pasaré a otra son dos asuntos de los que con frecuencia me he asombrado con mucha curiosidad. Cuando estaba reflexionando últimamente sobre esto —no en cualquier sueño como en la enfermedad y el sopor— sino despierto y con todos mis sentidos alertas, me sorprendió sumamente la presencia de una **dama muy hermosa, brillando toda con un halo** indescriptible. Parecía alguien cuya **belleza** le fuera desconocida a la humanidad. No puedo explicar cómo llegó ahí, mas por su vestido y apariencia me parecía una **preciosa virgen, cuyos ojos, como el sol, parecían emitir rayos de luz tan intensa, que me obligaron a cerrar los míos ante ella, y tuve temor de mirarla**. Cuando ella se dio cuenta de esto me dijo:

No temáis, y no permitáis que la rareza de mi aspecto os espante de alguna manera. Observé que habíais extraviado vuestros pasos, y por tener compasión de vos he descendido para brindaros socorro oportuno. Hasta ahora vuestros ojos han sido oscurecidos porque habéis contemplado demasiado, en verdad demasiado, los asuntos terrenales. Si estos os han complacido tanto, ¡cuánto será vuestro éxtasis cuando elevéis la mirada hacia las cosas eternas!

Cuando la escuché hablar así, aunque el temor todavía me envolvía, con voz trémula respondí con las palabras de Virgilio:

Con qué nombre os he de llamar, oh bella virgen, no lo sé, puesto que vuestro aspecto no es de este mundo; más que mortal parece vuestro semblante. [**Eneida**, i, 327-28.]

Repuso ella: Soy, la dama que describisteis con fina habilidad y aptitud en vuestro poema **África**, y para quien, como otro Anfión de Tebas, habéis construido con vuestras manos poéticas, un bello y magnífico palacio sobre los altos picos del Atlas en el lejano occidente. No temáis, pues, escuchar y mirar a la cara a aquella a quien, como lo prueba vuestra delicada alegoría, conocéis bien desde hace tiempo.

Recién había ella emitido estas palabras cuando, al meditar todas estas cosas en mi mente, comprendí que la que así habló no podía ser otra que la misma Verdad. Recordé cómo había descrito su mansión en las alturas del Atlas, aunque ignoraba de qué región había venido, estaba convencido de que no podía haberlo hecho de otro lugar más que del Cielo. Así, deseando ansiosamente contemplar su cara, dirigí la mirada hacia ella, mas he aquí, **el ojo humano es incapaz de mirar esa forma etérea, por lo que de nuevo me vi forzado a bajar la vista al suelo.** Al notarlo, después de un breve silencio, hablé de nuevo e inquiriendo muchas veces, me condujo a sostener una larga conversación con ella. Advertí que la charla me beneficiaría de dos maneras: adquiriría conocimiento, y el solo hecho de hablar con ella me daba confianza. Gradualmente me sentí capaz de contemplar la cara que al principio me consternaba con su fulgor, y tan pronto como pude soportarlo sin temor y mirar fijamente su maravillosa belleza, ojeé alrededor para ver si estaba acompañada de alguien o si había llegado sola al retiro de mi soledad y, entonces, noté

a su lado la imagen de un hombre viejo, de aspecto venerable y majestuoso.

No fue necesario preguntar su nombre. Su aspecto religioso, modesta frente, ojos llenos de dignidad, paso mesurado, apariencia africana pero con elocuencia romana, indicaban claramente que se trataba del ilustre padre Agustín. Además tenía un aspecto tan benévolo y tan noble, que uno no podía ni posiblemente imaginar que pudiera pertenecer a nadie más que a él. Sin embargo, estaba a punto de abrir mis labios para preguntar, cuando en ese momento escuché que la Verdad misma pronunciaba ese nombre que me era tan querido. Dirigiéndose a él, como para interrumpir su profunda meditación, le dijo estas palabras:

Agustín, a quien amo más que a otros mil, sabéis cuán devoto de vos es este hombre y también tenéis conocimiento de que es víctima de una prolongada y peligrosa afección, y que está mucho más cerca de la muerte debido a que no conoce la gravedad de su mal. Es menester prestar atención a la vida de este hombre inmediatamente. ¿Y quién más indicado para realizar este acto de misericordia que vos? Él ha estado siempre profundamente apegado a vuestro nombre y persona; y toda doctrina penetra más fácilmente en la mente de un discípulo cuando comienza amando al maestro de quien va a aprender. A menos que vuestra actual dicha os haya hecho olvidar vuestras aflicciones pasadas, recordaréis que cuando estabáis encerrado en la prisión de vuestro cuerpo mortal, también sufristeis una tentación muy parecida a la suya. Si así ocurrió –vos como el más excelente médico de esas pasiones que vos mismo experimentasteis, aunque vuestra meditación silenciosa sea un deleite para vuestra mente– os ruego que vuestra voz sagrada, que para mí siempre es un placer oír, rompa su silencio y trate, si puede,

por algún medio calmar a uno que está tan profundamente afligido.

Agustín le contestó:

Vos sois mi guía, consejera, reina y maestra. ¿Qué es lo que queréis que diga en vuestra presencia?

Respondió ella:

Me gustaría que una voz humana hablara a los oídos de este hombre mortal, que así le será más fácil escuchar la verdad. Mas como cualquier cosa que le digáis la tomará como si yo la hubiera dicho, también estaré presente durante vuestro discurso.

Agustín respondió:

El amor que le profeso a este pobre hombre, así como vuestra autoridad, me obligan a obedecer.

Entonces, mirándome bondadosamente, me envolvió en sus brazos paternos y me acercó a su corazón y, con la Verdad misma por delante, me condujo al lugar más apartado que pudo encontrar. Ahí nos sentamos los tres juntos. La Verdad escuchó, como un juez silencioso, todo cuanto dijimos sin que hubiera presente otro testigo del extenso diálogo con Agustín, el cual duró tres días debido a la amplitud del tema tratado. Aunque hablamos de muchas cosas contra el comportamiento de nuestra época y de las flaquezas y fallas comunes de la humanidad, los reproches del Maestro parecían más bien dirigidos a los hombres en general que a mí, de tal forma que los que me impresionaron más los he grabado intensamente en la pizarra de mi memoria. Para que no se perdiera esta conversación, tan íntima y profunda,

la he plasmado en escritura y he compuesto este libro, sin que quiera clasificarlo con mis otras obras o pretenda alguna estimación del mismo. Mis pensamientos aspiran más alto. Lo que deseo es que pueda yo al leerlo renovar, tantas veces como quiera, el placer que sentí durante la misma conversación. Así pues, pequeño libro, os pido que os salvéis de las moradas humanas y estéis contento de permanecer conmigo, fiel al título —**Mi secreto**— que os he dado. Y cuando piense acerca de asuntos profundos, todo lo que guardáis en la memoria de lo que se dijo en secreto, vos me lo diréis en secreto de nuevo.

* * *

A efecto de evitar la torpe iteración de «él dijo» y «yo dije» y para acercar a los personajes del diálogo como si estuvieran ante la propia vista, he recurrido al método de Cicerón; sencillamente he colocado el nombre de cada interlocutor delante de cada párrafo. Mi querido maestro aprendió esto de Platón. Mas para evitar mayores digresiones, así fue como Agustín inició la conversación:

PRIMER DIÁLOGO

SAN AGUSTÍN ¿Qué tenéis que decir, hombre débil? ¿En qué estáis soñando? ¿Qué es lo que buscáis? ¿No recordáis que sois mortal?

PETRARCA Sí, lo recuerdo bien, y me estremezco cada vez que dicha memoria surge en mi corazón.

SAN AGUSTÍN Ojalá, como afirmáis, os hubierais acordado de esta realidad y hubierais velado por vuestro propio bien. Me habríais ahorrado muchísimas fatigas, pues sin lugar a dudas no existe forma más efectiva de llegar a despreciar las tentaciones de este mundo y de encontrar la tranquilidad del alma, en medio de las tormentas y tempestades, que recordar la propia desdicha y **meditar en la realidad de la muerte**, siempre y cuando esta reflexión no sea fortuita o superficial, sino profundamente conmovedora. Mas me temo que vos, como tantos otros, os estáis engañando solo.

PETRARCA ¿Cómo? No entiendo cabalmente lo que decís.

SAN AGUSTÍN ¡Oh, raza de hombres mortales! De todas las propensiones que heredáis, ninguna me asombra ni me espanta tanto como **la inclinación a apearse a vuestras propias desdichas**, pretendiendo que no veis el peligro que os amenaza, y si alguien os obliga a advertirlo, lo expulsáis de vuestra vista y lo alejáis.

PETRARCA ¿De qué manera estamos locos?

SAN AGUSTÍN ¿Suponeis que pueda existir alguien tan irracional que al padecer una enfermedad peligrosa no esperara con ahínco recuperar la bendita salud?

PETRARCA Supongo que tal caso sería inaudito.

SAN AGUSTÍN Pensáis que si uno deseara algo con toda su alma sería tan perezoso y descuidado como para no utilizar

todos los medios posibles para conseguir lo que uno desea?

PETRARCA Nadie, creo yo, podría ser tan necio.

SAN AGUSTÍN Si estamos de acuerdo en estos dos puntos, también deberemos estarlo en un tercero.

PETRARCA ¿Cuál sería?

SAN AGUSTÍN Así como aquel que por meditación profunda ha descubierto ser un desgraciado, ardientemente desearía no serlo más, y habiendo concebido este deseo, trataría de realizarlo, así el que persevera podrá alcanzar lo que desea. Está claro que el tercer paso depende del segundo, como éste del primero. En consecuencia, habremos de considerar que el primero es esencial, que es, por así decirlo, la mismísima raíz de la salvación del hombre. Mas los insensatos no aprecian este razonamiento y vos, en particular, **sois un verdadero genio labrando vuestra propia destrucción**. Vosotros, hombres mortales y vos mismo, con toda vuestra fuerza mental estáis arrancando esta raíz salvadora de vuestros corazones al perseguir todos los placeres de este mundo, lo cual, como dije, me horroriza y asombra. Justamente sois castigados por la pérdida de esta raíz de la salvación y, como consecuencia, de todo lo demás.

PETRARCA Presiento que estos reproches que me hacéis serán largos y requerirán de muchas palabras. Si os parece, pospongamos vuestro argumento para mejor ocasión. Para que yo pueda seguir vuestras conclusiones con mayor seguridad, ¿podríamos detenernos un poco más en las premisas?

SAN AGUSTÍN Concibo vuestra tardanza en comprender; así que detenedme cuando no entendáis algún punto.

PETRARCA No alcanzo a entender el razonamiento de vuestro tercer punto.

SAN AGUSTÍN ¿Qué tiene de obscuro? ¿De qué dudáis ahora?

PETRARCA Muchas son las cosas que anhelamos con pasión y que incansablemente intentamos alcanzar, mas aunque tratemos con toda energía y diligencia, no las hemos alcanzado ni las alcanzaremos jamás.

SAN AGUSTÍN Esto podrá ser cierto para otros deseos, mas en lo que estamos tratando ocurre justo lo contrario.

PETRARCA ¿Por qué lo decís?

SAN AGUSTÍN Porque el hombre que ansía deshacerse de su desdicha, siempre y cuando lo desee sinceramente de todo corazón, no puede dejar de obtener lo que desea.

PETRARCA ¿Qué es lo que escucho, padre? Pocos son los hombres que no sienten carecer de muchas cosas y no confiesan su desdicha. Quienquiera que medite acerca de su propia experiencia verá cuán cierto es lo anterior y, por consiguiente, tendrá que admitirlo. Suponiendo que la acumulación de una inmensa cantidad de bienes nos diera la dicha, entonces, por lógica, el cúmulo de todo aquello de lo que careciéramos nos haría desdichados. Es bien sabido que todo el mundo quiere deponer su carga de desdichas y que muy pocos lo han podido lograr. Sólo hay que pensar en la cantidad de hombres que han sentido el peso de la desgracia: mala salud, la pérdida de seres queridos, cárcel, exilio, pobreza u otras incontables desgracias que se necesitaría mucho tiempo para describir, y sin embargo, aquellos abrumados por estos tormentos frecuentemente se lamentan de que no les es permitido liberarse, como lo sugerís, y, por otra parte, hacen que su vida sea harto difícil y deprimente. Sin embargo, como bien sabéis, el hombre no puede evitar sus sufrimientos, no importa cuán dolorosos sean. Me parece que es indiscutible que una multitud de hombres **son desdichados por compulsión y a pesar de su voluntad.**

SAN AGUSTÍN Es preciso retroceder bastante y, como a un niño con escasas y lentas facultades, debo pedirlos que sigáis el

hilo de mi argumento, desde sus elementos más simples. En verdad creí que erais más maduro y que no requeríais instrucción elemental. Sin duda así habría ocurrido si hubierais guardado en la memoria las máximas tan sólidas y veraces de los sabios que con tanta frecuencia habéis leído y releído conmigo. Quiero ser franco. Si hubierais realizado estos esfuerzos para vos no teniendo presentes a otros, y si hubierais **usado los resultados de vuestras muchas lecturas para regir vuestra propia conducta, en lugar de vuestra vana gloria para escuchar la alabanza hueca de los hombres**, no estaríais propagando tantas tonterías y desatinos.

PETRARCA Desconozco por dónde me conducís, mas ya empiezo a enojecerme. Siento la misma vergüenza que los escolares cuando son reprendidos por sus profesores, quienes aun antes de saber de lo que se les acusa, recuerdan muchas de las ofensas de que son culpables, y se confunden ante las primeras palabras del maestro. También yo estoy consciente de mi ignorancia y de muchos otros errores, y aun cuando percibo de qué me vais a reprochar, y como reconozco que se me puede culpar de casi todo, me sonrojo aun antes de que terminéis de hablar. Os agradecería que me aclarareis esta hiriente acusación que me hacéis.

SAN AGUSTÍN Tendré muchas cosas que cargarte en cuenta luego. Por el momento me indigna que penséis que el hombre pueda ser desdichado contra su propia voluntad.

PETRARCA Será mejor dejar de sonrojarme, pues nadie se puede imaginar una verdad tan obvia como ésta. ¿Qué hombre puede existir tan ignorante o tan alejado de todo contacto con el mundo, que no sepa que la pobreza, aflicción, deshonra, enfermedad, muerte y otros males mayores suelen sobrevenir en contra de nuestra voluntad y sin nuestro consentimiento? Ciertamente nadie los desea

jamás. Así pues, es verdad que resulta muy fácil **conocer y detestar** el infortunio propio, pero no es tan fácil **deshacerse** de él. Lo primero está en nuestras manos, lo segundo es cuestión de suerte.

SAN AGUSTÍN Pretendí pasar por alto vuestro error cuando advertí vuestra vergüenza, sin embargo, me enfurece más la impudencia que el mismo error. ¿Cómo es posible que hayáis olvidado los sabios preceptos de la filosofía que dicen que esas cosas que acabáis de mencionar no pueden hacer desdichado a nadie? Pues si la virtud es lo único que hace felices a los hombres, como muchas veces han demostrado Cicerón y tantos otros argumentos por demás convincentes, entonces cabe suponer que nada se opone a la verdadera felicidad excepto aquello que se opone a la virtud. Ésta verdad la podréis concebir vos mismo, sin que yo diga palabra alguna, a no ser que estéis completamente ofuscado.

PETRARCA Lo recuerdo muy bien. Me pedís que tenga presente los preceptos estoicos, que contradicen la opinión popular y se acercan más a la verdad que a las costumbres comunes.

SAN AGUSTÍN En verdad, seríais el más desdichado de los hombres si pretendierais encontrar la verdad en los locos desvaríos de la gente común o si confiárais en encontrar la luz cuando son ciegos quienes guían el sendero. Debéis evitar el camino fácil y elevar vuestras aspiraciones. Tomad la senda recorrida por los menos que os han precedido, para así poder merecer las palabras de Virgilio:

¡Adelante, mozo valiente, adelante!, guiado por vuestra bravura que así se escala el cielo. [**Eneida**, ix. 641.]

PETRARCA ¡Que me permita el cielo escucharlo antes de morir! Mas proseguid, os ruego. Sí, siento vergüenza y no me

cabe duda de que las reglas de los **estoicos** son preferibles a los disparates de la gente común y corriente. Mas quedo en espera de más consejos.

SAN AGUSTÍN Puesto que estamos de acuerdo en que **nadie puede ser desdichado ni llegar a serlo sino por su propia culpa**, entonces, ¿queda algo que discutir?

PETRARCA Bueno, he visto a muchos sumamente acongojados –incluyéndome– porque nunca llegan a desembarazarse de las faltas que los agobian, aunque hagan grandes esfuerzos a lo largo de toda su vida. Por tanto –aunque diéramos por válida la máxima estoica– es imposible pasar por alto el hecho de que existen muchas personas infelices, aun cuando no quieran serlo, y que se duelen de ello, añorando que fuera lo contrario.

SAN AGUSTÍN Hemos divagado un poco, mas ahora volvemos a nuestro punto de partida, aunque tal vez hayáis olvidado cómo arrancó nuestra conversación.

PETRARCA Casi lo olvido, mas ahora estoy empezando a recordarlo.

SAN AGUSTÍN Os había empezado a demostrar que el primer paso para esquivar los sufrimientos de la existencia mortal y para elevar el alma a mayores alturas es el deber de meditar sobre la muerte y la miseria humanas, y que el segundo paso consiste en **un vehemente deseo y propósito de elevarse**. Os prometí que, habiendo dado estos dos pasos, podríais alcanzar la meta que deseamos con facilidad, a menos que sustentéis otra opinión.

PETRARCA No, no me atrevería a contradecir vuestra posición. Desde que era joven me he ido convenciendo de que en aquellos puntos donde no teníamos acuerdo, el equivocando siempre era yo.

SAN AGUSTÍN Por favor, no quiero más cumplidos. Como tengo claro que aceptáis mi posición más por deferencia a mi persona que por convicción, os invito a expresar lo que

pensáis en realidad.

PETRARCA Todavía temo diferir de vos, mas quisiera aprovechar vuestro ofrecimiento. Hablaré tan sólo de mi propia experiencia. He llamado como testigo a aquélla que ha guiado el proceder de mi vida; así como a vos también, para confirmar las muchas veces que he meditado sobre mis desgracias y la realidad de la muerte. Sabéis de los torrentes de lágrimas con los que he tratado de purificarme —que sólo recordarlo me hace sollozar— mas es evidente que hasta ahora todos mis esfuerzos han sido en vano. Esto es lo único que me hace dudar de la verdad de la que tratáis de establecer la tesis: de que **nadie llega a la desgracia sino por su propia voluntad y que nadie es desdichado salvo que quiera serlo**. Mi triste experiencia señala justo lo contrario.

SAN AGUSTÍN Habláis de una queja antigua y es probable que jamás os escuche decir que ha tocado a su fin. En vano me he esforzado tantas veces por dejar claro el punto, así que seguiré insistiendo en que **nadie llega a la desgracia ni sigue siendo desdichado a menos que quiera**, pero como dije al principio, esto se debe a que **los hombres tienen cierta inclinación perversa y peligrosa a engañarse a sí mismos**, que es lo más mortífero que hay en la vida. Si es verdad que con razón tememos ser engañados por aquellos con quienes vivimos porque nuestro hábito natural de confiar en ellos nos libra de concebir sospechas, y el sonido familiar y placentero de sus voces suele hacernos bajar la guardia, cosas que no ocurrirían tratándose de extraños, ¡mayor temor os debería producir engañaros solo! El amor, la influencia y la familiaridad desempeñan un papel tan importante que todo el mundo se estima más de lo que merece y se quiere a sí más de lo que debiera. **¿Acaso el embaucador y el engañado son uno y el mismo?**

PETRARCA Habéis señalado el punto varias veces hoy, mas no recuerdo haber practicado tal engaño en mí mismo, y espero que otros tampoco me hayan engañado.

SAN AGUSTÍN Ahora sí que os estáis engañando al jactaros de que jamás os habéis engañado. Mas tengo suficiente confianza en vuestro ingenio y talento como para pensar que si ponéis mucha atención, podréis ver por vos mismo que **nadie llega a la desdicha sino por propia voluntad**. Este punto es la piedra angular de nuestra conversación. Os ruego que penséis bien antes de responder, adoptando la actitud de alguien que busca la verdad y no de alguien que trata de sacar ventaja en una polémica. Decidme una cosa, ¿podéis nombrar a alguien en el mundo que, en vuestra opinión, se haya visto obligado a cometer un pecado? Los sabios y profetas definen el pecado como un acto voluntario, y son tan inflexibles en este particular que creen que si el acto no es voluntario, entonces no existe pecado. Mas sin pecado nadie se siente desdichado, punto que ya habéis concedido.

PETRARCA Percibo que gradualmente me alejo de mi propia posición y me veo obligado a reconocer que el comienzo de mi propia desdicha surgió como resultado de mi propia voluntad. Pienso que esto es cierto en mi caso y supongo que también lo es en el de otros. Mas quisiera que también admitierais cierta verdad.

SAN AGUSTÍN ¿Qué queréis que reconozca?

PETRARCA Si bien es cierto que **nadie ha caído involuntariamente**, también es cierto que muchísimos han caído por su propia voluntad; sin embargo, no permanecen así voluntariamente. Puedo dar fe de que tal es mi caso y creo que he recibido esto como un castigo porque no me sostuve cuando pude hacerlo, y ahora que estaría dispuesto no puedo.

SAN AGUSTÍN Adoptar esa postura me parece sabio y razonable, y puesto que habéis reconocido que estabais equivocado en vuestra primera proposición, pienso que debéis admitir también que estáis equivocado en la segunda.

PETRARCA ¿Queréis decir que no existe diferencia entre caer y permanecer en el pecado?

SAN AGUSTÍN No, de hecho son cosas diferentes. Un acto es anterior al otro en el tiempo, mas, en la realidad mental de la persona en cuestión los dos son una sola cosa.

PETRARCA Siento que me estáis embrollando, mas el luchador que gana haciendo trampa no necesariamente es el más fuerte, sino el más entrenado.

SAN AGUSTÍN Estamos hablando en presencia de la Verdad. Ella es amiga de la sencillez y enemiga de la maña. Para que os convenzáis más allá de toda duda, procederé con la sencillez que os plazca.

PETRARCA Nada me haría más feliz. Decidme entonces, pues es un asunto que me concierne directamente, ¿con qué razonamiento demostraréis que soy desdichado? Y no niego que lo soy, pero no acepto que sigo siéndolo por propia elección. Siento, por el contrario, que mi situación es aborrecible y que está completamente alejada de lo que quiero. Sin embargo, me resulta imposible hacer algo al respecto, excepto desear.

SAN AGUSTÍN Si solamente se observan los puntos planteados, os demostraré que estáis tergiversando las palabras.

PETRARCA ¿De qué condiciones habláis y cómo sugerís que use yo las palabras?

SAN AGUSTÍN Acordamos que deberíamos rehuir la manipulación de los términos y buscar la verdad con total simpleza. Y las palabras que quisiera que usarais son éstas:

Cuando dijisteis que no podíais hacer nada con vuestra situación, lo que deberíais haber dicho en realidad es que no estabais dispuesto a hacer nada al respecto.

PETRARCA Entonces no tendrá fin nuestra discusión, pues eso jamás lo confesaré. Sé, y vos sois testigo, cuántas veces he querido hacer algo pero no he podido, y mucho he llorado, ¿acaso siempre en vano?

SAN AGUSTÍN En verdad, he contemplado muchas lágrimas, pero muy poca voluntad.

PETRARCA Dios sabe cuánto he sufrido (aunque ningún hombre en el mundo lo sepa) y cuánto he anhelado seriamente levantarme si tan sólo hubiera podido.

SAN AGUSTÍN ¡Basta ya! El cielo y la tierra se desintegrarán, las estrellas caerán en los infiernos y los elementos armoniosos de la naturaleza se separarán unos de otros antes de que sea posible embaucar a la Verdad que es nuestro juez.

PETRARCA ¿Qué queréis decir con eso?

SAN AGUSTÍN **Quiero decir que vuestro llanto con frecuencia ha herido vuestra conciencia, más no ha cambiado vuestra voluntad.**

PETRARCA Me admiro de la cantidad de veces que os he dicho que es la imposibilidad de cambiar lo que lamento.

SAN AGUSTÍN Me asombran las muchas veces que he contestado que el problema ha sido falta de voluntad, y no falta de esfuerzo. No me sorprende que estéis envuelto en estas confusiones, como lo estuve yo cuando comenzaba a contemplar la iniciación de una nueva forma de vida. Me mesaba los cabellos, me golpeaba la frente, me retorció las manos, me acurrucaba cogiéndome las rodillas; llené los cielos de suspiros amargos e inundé la tierra con torrentes de lágrimas. Sin embargo, durante todo este tiempo seguí siendo el mismo hombre de siempre, hasta que por fin una profunda meditación aclaró ante mis ojos la verdadera raíz

de mi desdicha. Luego, mi voluntad cambió totalmente, así como mi debilidad se trocó en poder y por una asombrosa y bendita modificación fui transformado instantáneamente en otro hombre, otro Agustín. Si no me equivoco, la historia de dicha transformación la conocéis ya por mis **Confesiones**.

PETRARCA Sí, en verdad bien la conozco y jamás olvidaré el poder curativo de esa higuera, a cuya sombra se operó el milagro.

SAN AGUSTÍN Hacéis bien en recordarlo. Ningún árbol debería ser para vos tan apreciado, ni siquiera el arrayán, la hiedra o el laurel, que según se dice es tan querido de Apolo, y favorecido por todos los poetas y especialmente por vos que solo, entre todos los poetas, habéis merecido una corona tejida con sus hojas. Más querido que estos debería ser el recuerdo de esa higuera, puesto que os recibe como a un marino que llega a puerto seguro después de tantísimas tormentas. Además, os ofrece la senda de la rectitud y una esperanza segura e imborrable de que el divino perdón pronto será vuestro.

PETRARCA No voy a contradeciros. Mas proseguid con lo que estabais diciendo.

SAN AGUSTÍN Voy a proseguir con lo que he emprendido, para probaros que hasta ahora vos sois lo mismo que muchos otros, de quienes se podría decir, en palabras de Virgilio, que:

la mente permanece inmutable mientras las lágrimas fluyen en vano. [**Eneida**, iv, 449.]

Podría haber multiplicado los ejemplos de este tipo de situación, mas me he conformado con uno solo que podríamos reconocer como nuestro, y por lo tanto con más probabilidad de que nos concierna.

PETRARCA Sabia decisión, pero no eran necesarios más ejemplos y ningún otro me podría haber producido una impresión tan profunda en el corazón. Aunque es enorme el golfo que nos separa, vos habéis llegado a puerto seguro y yo estoy en peligro de naufragio; vos feliz y yo afligido. No obstante, entre viento y tempestades puedo ver de vez en cuando las huellas de vuestras tormentosas pasiones. Por eso, siempre que leo las **Confesiones**, lloro y me hago partícipe de vuestro conflicto entre dos emociones contradictorias: la esperanza y el temor. Pienso que estoy leyendo un relato de mis propios extravíos y no de los de otro. Por tanto, proseguí con la conversación como mejor os parezca, pues he perdido toda intención de discrepar de vos. Ahora estoy dispuesto a seguir vuestra guía, en lugar de presentar objeciones.

SAN AGUSTÍN No os estoy exigiendo tal cosa. Cierto es, como dice un hombre muy sabio [Publio Ciro], que «la verdad se extravía cuando se discute demasiado». No obstante, una polémica controlada ha llevado a muchos a encontrar la verdad. No es conveniente aceptar todo lo que os proponen, que es signo de una mente perezosa y soñolienta, como tampoco lo es ponerse a rechazar una verdad evidente, lo que sólo demuestra la mentalidad de alguien que pelea por el hecho de pelear.

PETRARCA Entiendo, acepto y seguiré vuestros consejos. Ahora proseguí.

SAN AGUSTÍN ¿Reconocéis pues que mi afirmación es justa y la secuencia de razonamiento válida, cuando decimos que **el conocimiento perfecto de la desgracia propia engendra un deseo perfecto de desecharla**, siempre y cuando la fuerza de voluntad para deshacerse de la desgracia siga al deseo?

PETRARCA He profesado creer en todo.

SAN AGUSTÍN Presiento que todavía tenéis algo que solicitarme. Confesadlo, lo que fuere.

PETRARCA Aún no puedo comprender por qué jamás he deseado en realidad lo que había creído siempre haber deseado.

SAN AGUSTÍN Seguíis insistiendo al respecto y a fin de terminar con este asunto, aceptaré que en ocasiones habéis deseado.

PETRARCA ¿A qué os referís?

SAN AGUSTÍN ¿No recordáis la frase de Ovidio?:

desear algo no basta, con ferviente anhelo debéis de esforzaros por lograrlo. [**Pónticas**, III, i, 35.]

PETRARCA Ya veo, mas pensé que eso era lo que había estado haciendo.

SAN AGUSTÍN Os habíais engañado.

PETRARCA Lo creo.

SAN AGUSTÍN Sólo para cercioraros, haced examen de vuestra conciencia. Ella es la mejor juez de la virtud, es decir, la guía fiel e infalible que sopesa todos los pensamientos y actos. Os reprochará que jamás hayais deseado la salud espiritual como deberíais haberlo hecho, y que vuestros deseos hayan sido débiles e inútiles, considerando el gran peligro en que os encontrabais.

PETRARCA He empezado, como bien sugerís, a hacer examen de conciencia.

SAN AGUSTÍN ¿Y qué encontráis?

PETRARCA Que lo que decís es cierto.

SAN AGUSTÍN Hemos progresado algo y estáis empezando a despertar a la realidad. Las cosas mejorarán para vos, ahora que habéis reconocido que no andaban bien.

PETRARCA Si sólo basta con el reconocimiento, confío en que muy pronto no sólo estaré bien, sino muy bien. Ahora

tengo perfectamente claro que **jamás había deseado, con suficiente intensidad, mi libertad y el fin de mi miseria.** ¿Mas sería suficiente con concebir el deseo?

SAN AGUSTÍN ¿Por qué preguntáis?

PETRARCA Quiero decir, sin hacer nada más.

SAN AGUSTÍN Lo que sugerís es un caso imposible. Nadie desea algo ansiosamente y se va a dormir.

PETRARCA ¿Qué sentido tiene el solo acto de desear?

SAN AGUSTÍN Sin duda, la senda te conduce a través de muchas dificultades, pero el desear la virtud constituye una parte importante de la virtud.

PETRARCA Acabáis de brindarme un gran motivo de esperanza.

SAN AGUSTÍN Todo lo que os digo pretende enseñaros a tener esperanza y a sentir temor.

PETRARCA ¿Por qué sentir temor?

SAN AGUSTÍN Entonces, decidme, ¿por qué esperanza?

PETRARCA Porque hasta ahora he invertido mucha energía tan sólo para no empeorar y ahora me presentáis la posibilidad de ser mejor y mejor hasta la perfección.

SAN AGUSTÍN Mas no sabéis cuán trabajoso es el camino.

PETRARCA ¿Tenéis pensado asustarme?

SAN AGUSTÍN El desear no es sino una palabra, mas ¡de cuántas cosas se compone!

PETRARCA Me atemorizáis con vuestras palabras.

SAN AGUSTÍN Pasando por alto los elementos positivos que constituyen el deseo, éste implica la destrucción de muchas otras cosas.

PETRARCA No entiendo qué queréis decir.

SAN AGUSTÍN El deseo de lo bueno no puede existir, a menos de que uno acabe con todos los deseos bajos. Vos conocéis bien los muchos y variados objetos que uno puede desear en la vida. Todos ellos se deben invalidar antes de que podáis elevaros a desear el bien supremo; que el hombre